

La ruta de la indisciplina y las ilegalidades

OSCAR SÁNCHEZ SERRA

Desde el pasado 7 de julio, cuando el Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros habló sin cortapisas sobre el tema de las indisciplinas sociales e ilegalidades, en diferentes espacios de la sociedad se han producido análisis, bien dentro de las organizaciones de masas, por las autoridades territoriales, en el abordaje del tema en la prensa y en todo el mosaico popular, ya sea en una esquina del barrio o en el centro de trabajo.

En no pocos de esos debates se gira sobre las causas y las consecuencias. Se ha mencionado el difícil momento que vivimos, que no escapamos a la crisis mundial de carácter multisistémico; la pérdida de valores tras el paso de los engorrosos años noventa; que el salario no alcanza y hay que buscar vías para cubrir las necesidades personales. También hay opiniones sobre la debilidad de los cuerpos de inspectores y que las autoridades no desempeñan su papel.

Pero hay una arista, que lleva de la mano a las indisciplinas y las ilegalidades y que de no arrancarla de raíz, sería prácticamente imposible revertir la situación.

Si al interior de las instituciones estatales no se ordenan los procesos productivos, si se contempla y no se actúa contra faltantes en almacenes o ante la improductividad, que muchas veces esconde la sustracción de las materias primas de las entidades, la ilegalidad, lo ilícito, viaja desde fábricas o unidades de servicios hasta la sociedad, donde se presenta en su forma de indisciplina. Lo mismo sucede con los hábitos y normas de

conducta al fallar la familia y luego la escuela, binomio esencial en la formación de valores.

Un ejemplo de cómo lo ilegal se traslada de las entidades estatales hacia la sociedad, lo es la oferta de productos industriales fuera de la red comercial, incluso en la esquina o frente a un establecimiento de ella. Ante la ausencia en la tienda, la población en pos de “resolver”, acude entonces a ese mercado informal.

Del otro lado, si en la casa se grita y no se conversa, difícilmente el joven haga algo distinto en la calle, una discoteca o en la propia escuela. Pero si en esta el profesor emplea un lenguaje chabacano y hasta palabras obscenas cuando intercambia con otros colegas, incluso hasta con alumnos, aunque ellas no lleven en ese momento un insulto, sino que son dichas porque están de moda, es casi seguro que sus pupilos la repitan en cualquier lugar, no se interesen por ampliar su vocabulario y mucho menos en desarrollar su intelecto.

En la sociedad se realizan todas estas distorsiones, creando caos y lo que es peor, impunidad, porque allí todo alcanza una escala mayor, con lo cual se flagelan en la misma dimensión los valores éticos y morales. En iguales proporciones aparece el daño a la economía, pues los recursos financieros invertidos para la creación de bienes y servicios, que no son pocos, escapan en formas de productos hacia otros destinos y de ellos hacia la población, pero su retorno no toma el camino de quien invirtió.

“En mi criterio, el denominador común de todo este fenómeno ha sido y es la falta de exigencia de los encargados de hacer cumplir lo establecido, la ausencia de sistematicidad en el trabajo a los diferentes niveles de

dirección y el irrespeto, en primer lugar, por las entidades estatales de la institucionalidad vigente, lo cual, por otra parte, menoscaba su capacidad y autoridad para exigir a la población que se atenga a las regulaciones existentes”, dijo Raúl al clausurar el Primer Periodo Ordinario de Sesiones de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, ese 7 de julio.

A buen entendedor con esas palabras bastan. Si se actúa en las instituciones con orden y exigencia habría poco margen al robo, a la improductividad, a la chabacanería y a los malos hábitos de conducta. Se cerraría así la ruta que llevan esas distorsiones en forma de ilegalidad hacia la sociedad, para convertirlas en indisciplina.

El país avanza en su actualización, en pocos meses hemos visto el cambio del objeto social de las empresas que busca dinamizar sus fuerzas productivas y con ellas alcanzar un mayor ingreso de los trabajadores, además del estímulo a la creación de bienes y servicios; el incremento y flexibilización del trabajo por cuenta propia, que nació con 178 actividades y anda ya por 201; dio inicio al cronograma para erradicar la dualidad monetaria y cambiaria; estrenó en días pasados un nuevo sistema de comercialización de productos agropecuarios, entre otras medidas.

Todo en pos de hacer de la nuestra una sociedad, que a la par de justa como principio fundamental del socialismo, sea funcional. Pero a la actualización del modelo económico y a la implementación de los Lineamientos aprobados en el VI Congreso del Partido, les son imprescindibles la disciplina y el orden. Comencemos por casa, para que el gran hogar de todos los cubanos, sea su reflejo.

Humildad

ALFONSO NACIANCENO

La humildad es una virtud invaluable. Si trabas amistad con una persona de sencillos modales, incapaz de apabullar exagerando sus cualidades, sentirás cómo de inmediato aflora ese hábito que induce a tomarle afecto.

Una abuela de mi barrio, siempre me decía —cuando yo estudiaba en la Universidad— que no había atributo sensible para el cuerpo humano comparable con la modestia.

En una ocasión, tras varias semanas de saludos cruzados con la urgencia de quien corretea cada mañana contrarreloj empeñado en llegar a tiempo a las clases, ella me invitó a su casa para mostrarme varios recortes de periódicos y revistas amarillentos, donde aparecía retratada junto a algunas figuras cubanas reconocidas en la música.

Le pregunté por qué había tardado en develarme parte de su breve andar profesional y, escondiendo el rostro entre sus manos, afirmó: ¡Sentía pena de hacerlo, tal vez pensarías que me estaba dando “balijú”! Al palpar la humildad de aquella mujer, que asaltaba feliz su octava década de vida, yo no hallé cómo expresarle la admiración despertada en mí al conocer una fase de su quehacer.

Y así, desprovista de ambiciones, un día se despidió de nuestro mundo, sin que tan siquiera sus vecinos conocieran a ciencia cierta cuál género musical había interpretado, o por qué abandonó ese promisorio camino de luces y lentejuelas para dedicarse por entero a su familia, de la cual conozco a algunos integrantes, hombres y mujeres modestos, estudiosos, afables, amantes padres.

Si nos adentráramos en los detalles de cualquier otra anécdota similar a la relatada, entre las muchas existentes en Cuba, entonces hallaríamos trigo para meditar de qué sirve tener mucha gangarria colgada al cuerpo, si este actúa dominado por la presuntuosidad. ¿Será alguien superior a otro por ostentar a partir de una cómoda situación económica o porque sus habilidades (sin descartar a

quienes las emplean en trampas o fraudes) le han proporcionado un desmesurado nivel de vida?

El mundo cambia y lo seguirá haciendo. Hoy, en medio de nuestra realidad también cambiante, sería un error pretender imponerles a nuestros hijos maneras de actuar tal y como lo hicimos nosotros. Sin embargo, la decencia, el decoro, la honradez, el compañerismo, siguen siendo virtudes que hemos de inculcarles a los niños y jóvenes, porque el modelo de un hombre o mujer educado y cabal es la base para la preservación del género humano.

Permítanme una última anécdota. En las madrugadas de nuestro periódico, años atrás, la improvisada conversación cobraba adeptos en una de las oficinas del segundo piso, mientras se esperaba porque montaran las tejas de plomo a la vetusta máquina rotativa para imprimir la prueba de tirada.

Por aquel entonces, el ya fallecido director Jorge Enrique Mendoza, combatiente de la Sierra Maestra y uno de los locutores de la emisora Radio Rebelde en las montañas, nos relató a varios periodistas jóvenes recién llegados a las redacciones que, un día, en medio de la situación apretada de suministros durante la lucha, repartieron varias latas de leche condensada para consumir cada una entre tres hombres.

Él tomó un sorbo y la pasó al siguiente compañero, quien se la empinó hasta el final, dejando fuera del convite al tercero. El transgresor, tras disculparse de cara a sus hermanos de armas, se presentó ante el mando de la tropa y, él mismo propuso quedar fuera de la próxima ración de alimento que se repartiera entre los combatientes.

Mendoza no aclaró si la supuesta sanción fue cumplida, pero sí afirmó que en lo adelante aquel combatiente rebelde se distinguió por su entrega, honestidad y camaradería.

Han pasado varias décadas desde la citada madrugada del relato, y el mundo ha seguido cambiando. Sin embargo, los rasgos distintivos del buen comportamiento persisten cual llamado impercedero a la conciencia, para fomentar valores humanos.

Una selección aventajada

LISSY RODRÍGUEZ GUERRERO

Recuerdo el diálogo de generaciones donde Graziella Pogolotti dijo a los jóvenes que cada estudiante escoge a sus maestros: “a ese que conoce del aula, y con el cual establece una relación dialógica”. Fue una mañana inolvidable, en la que compartió además con el doctor Armando Hart Dávalos, y donde estuvo también, espiritualmente, Alfredo Guevara.

Entre palabras sobre el papel del intelectual, los retos de los medios de comunicación en la actualidad y el estudio del marxismo, la Pogolotti habló a sus discípulos del rol que desempeñan los maestros. En ese momento se suscitaban anécdotas del escogido por ella, un hombre que salió de la Revolución del '30 y llegó a ser Canciller de la Dignidad: Raúl Roa.

Y describió cómo salía del edificio José Martí, de la colina universitaria, siempre abrazado de muchos libros al pecho; y de cómo tardaba en marcharse de la casa de altos estudios porque sus estudiantes se acercaban con preguntas, y le pedían consejos, en un intercambio donde se producían opiniones de una manera informal y espontánea.

Sus palabras nos hicieron pensar a los participantes en esos maestros que habíamos escogido: los convertidos en profesores-artistas que representaron una escena de la Iliada; los que solo sentados en una silla frente a los alumnos, contra toda metodología, lograban atrapar la atención de un público, más que atento, absorto; o quienes un día rescataron los espacios naturales para impartir una clase fuera del ámbito formal de las cuatro paredes del aula.

Aquellos que llegaron a ser amigos y compartieron una taza de café a la salida de la Universidad, recomendaron un libro, convirtieron la curiosidad en motor de búsqueda, y asumieron la reciprocidad

del aprendizaje en la indagación de nuevos conocimientos.

Cierto es que cada alumno escoge a sus maestros, y ese día lo ratificó un estudiante cuando habló de su profe Pedro, de filosofía, en la Universidad de Ciencias Informáticas (UCI), donde se desarrolló el encuentro. Por ello cuando escucho de la necesidad de la autopreparación de los docentes pienso en esas clases magistrales que recibí de Historia, Literatura, Filosofía, Ensayo... y en los primeros impulsores de que haya sido el periodismo y no otra, la carrera por la que me decidiera hace ya algunos años.

Tiene en el maestro el estudiante un ejemplo de profesional y persona, o tiene un paradigma de mala conducta. Si sabe ir el docente correctamente vestido al aula, el alumno se ve en la necesidad de imitarlo, o al menos, respetar la exigencia. Si logra constatar que su profesor se prepara para la clase y demanda de él los conocimientos, es probable que este se esfuerce por aprender cada día un poco más, sobre todo si alcanza a enseñarle que solo el saber puede engrandecer al hombre y hacer la diferencia entre unos y otros.

Por eso cuando observo que se empaña la realidad pública en los escenarios más diversos, incluso en las propias instituciones docentes, no puedo dejar de pensar en los maestros; así como cuando sucede el milagro de apreciar, como hace unos días, que una joven alcanzó del brazo a la anciana para ayudarla a cruzar la calle y le dijo luego: “tenga cuidado”, no puedo dejar de pensar en los maestros.

Educar es un verbo apremiante en la sociedad cubana, y los docentes tienen no solo el reto de incorporarlo, sino de prepararse para imbricar la enseñanza de los ejemplos positivos con la instrucción. El reto es que cada día sean más los maestros escogidos por sus estudiantes, y menos los que escapan a esa selección.